

los pueblos repetir como San Pablo estas sublimes palabras que resuenan por todas partes como el himno de la verdadera igualdad humana, nacida y triunfante en el corazón del Hombre-Dios: "No hay judíos, ni griegos, ni siervos, ni libres, ni blancos, ni negros, ni grandes, ni pequeños; la desigualdad no existe ya; porque todos vosotros sois una misma cosa en Jesucristo: *Omnes enim vos unum estis in Christo Jesu.*<sup>1</sup> Porque todos los que habeis sido bautizados en Cristo, estais de él revestidos. *Quicumque baptizati estis, Christum induistis.*<sup>2</sup> Estais hechos á su imagen, y elevados á su altura. Porque Cristo es en todos igual á sí mismo. Sois hijos de Dios y hermanos de Jesucristo; sobre vuestra frente descende una misma majestad que os viene de una misma paternidad; bajo la mirada de un padre divino, el hijo de Dios vale tanto como el hijo de Dios, y en la unidad que nos hace hermanos de Jesucristo, el cristiano vale tanto como el cristiano. El cristiano en su miseria, y el cristiano vestido de púrpura, tienen la misma vestidura y la misma grandeza, porque uno y otro están vestidos de Cristo, que él mismo los ha nivelado.

Así es como esta igualdad, que tiene sus raíces en la unidad de Cristo, se divide en tres hermosos ramos que hacen brillar la armonía en el seno del cristianismo.

Jesucristo es la verdad; al unirse á los cristianos para que estos se unieran á él, produce por su palabra la unidad en la doctrina ó la igualdad en la verdad. El cristiano, unido al Verbo de Dios por la pa-

<sup>1</sup> San Pablo, Gál. III, 28.

<sup>2</sup> San Pablo, Gál. III, 26.

labra de la Iglesia, no injuria como esa aristocracia de la inteligencia, como se llaman á sí mismos los filósofos, á la clase ignorante á la cual se creen superiores solo porque saben mas. En todos tiempos ha sufrido la mayoría de los hombres ese ultraje dirigido por la sabiduría humana, que desprecia á los que considera incapaces de remontarse, como dicen ellos, á la altura de su inteligencia. Los pensadores y los filósofos que no siguen la escuela de Jesucristo, considerándose hombres privilegiados, acaban por ser admiradores de sí mismos; juzgándose *los escogidos del saber humano*, piensan que solo á ellos les está reservado indagar los profundos misterios de la verdad, y se colocan á una altura infinita sobre todos los demas. Poseen, segun ellos, secretos que no pueden penetrar las inteligencias vulgares, revelaciones que ellas no pueden comprender y conocimientos que no pueden adquirir; solo ellos son grandes hombres, los demas componen la multitud, y dicen, quizá fingiendo alguna modestia: Nosotros los *sabios*, nosotros los *filósofos*, nosotros los *criticos* somos distintos del resto de los hombres. *Non sumus sicut ateri homines.* Esos son, señores, los tiranos de la razon, siempre nuevos y siempre antiguos, que para dominaros y mandar en vosotros reconstruyen bajo formas modernas las castas egipcia, indiana ó babilónica. Creen que Dios, al dotarles de genio, les ha hecho diferentes de los demas para que vivan separados de ellos; que existe para ellos solos una verdad y otra para nosotros; su despotismo intelectual, oculto bajo apariencias falsas, ultraja á sus semejantes suponiendo esa igualdad hija de su orgullo; esos hombres que tan soberbios se

muestran cuando se les habla en nombre de Dios por boca de la Iglesia, creen una cosa natural que los hombres todos se sometan á la desigualdad ultrajante inventada por la autoridad de su ingenio.

Pero el cristianismo protesta en alta voz contra esta desigualdad doctrinaria puesta en práctica por el despotismo filosófico. Las verdades del cristianismo no pertenecen á una sola casta, por aristocrática que sea; su doctrina es bastante sencilla para que el pueblo la entienda, y suficientemente sublime para que no la desdeñe el mismo genio: está al nivel de los mas pequeños y se eleva sobre los mas grandes. En la Iglesia de Jesucristo no hay dos catecismos; hay uno solo, que es el de los niños y el vuestro, porque sois siempre niños ante la Iglesia; vuestra gloria estriba en llevar siempre el genio de la divina infancia. Si ois las doctrinas de este catecismo en boca de una madre ó de un doctor, ya sea que se os enseñe con palabras vulgares ó que se os presente con el atractivo de la elocuencia, siempre será el mismo catecismo y la misma doctrina, es decir, Jesucristo el único Maestro; porque Jesucristo eleva todas las inteligencias á una misma altura y las baja al nivel de su pensamiento infalible y divino. Y mientras clama la filosofía en favor del privilegio que deben gozar las castas filosóficas, y mientras ultrajan á la humanidad sosteniendo con sus doctrinas la aristocracia de las inteligencias, Jesucristo os liberta de esa servidumbre elevándoos hasta él á la igualdad de la doctrina y á la fraternidad de la verdad.

Iguals bajo la misma palabra y la misma doctrina de Jesucristo que es la Verdad, sois todavía iguales

bajo la misma ley y el mismo mandamiento de Dios, que es la Autoridad. La gerarquía católica es la autoridad de Jesucristo organizada en todo el universo; esta gerarquía, compuesta de desigualdades que van de la tierra al cielo, es la mas perfecta consagracion de la igualdad humana que puede concebirse, porque pudiendo todos los hombres libres subir por ella hasta la cumbre de la perfeccion, nos manda á todos divinamente con la misma autoridad, produciendo en todos una misma obediencia. La gerarquía católica no es ni una aristocracia, ni una casta, ni una clase separada de las generaciones cristianas; bajo todos los cielos y en todas las regiones está al alcance de los mas pequeños; el último de los hombres, cuando Dios le ha dado y reconocido la Iglesia un mérito relevante, puede subir hasta ser el primero; el simple hijo de un jornalero puede llegar á ser un doctor, un padre, un rey en el catolicismo.

Haber creado en el mundo una autoridad semejante, y haber demostrado con toda la claridad de la historia, que puede un hombre nacido en la clase mas ínfima subir hasta el puesto mas honroso á que puede llegar un hombre sin que nadie se admire de esto, es llevar al mas alto grado de perfeccion, es santificar la igualdad humana. Pero lo que debemos sobre todo admirar en el órden sobrenatural que nos hace lo que somos, es decir, cristianos católicos, es que estamos sujetos todos á una misma autoridad, cuyo cetro reconocemos todos, y ella es la que nos ensalza ó nos humilla segun son nuestros méritos. Todos los que somos cristianos prestamos á la misma autoridad igual obediencia. La autoridad de la Iglesia la respetan los

pobres y los ricos, ya sea que la vean representada en un pontífice, en un obispo ó en un simple sacerdote, en un sabio ó en un hombre que no lo sea, en una persona real ó en un pobre hijo del pueblo; en cualquiera de esas esferas sociales no se ve sino la fuente divina de la autoridad, que es Jesucristo; Jesucristo que tiene el poder de unir lo mas alto y lo mas bajo, y que á uno y otro rodea de la misma autoridad, exigiendo de uno y de otro un respeto mismo.

Queriendo Jesucristo que la humildad cristiana obtuviera un mismo fin que la grandeza, hizo más en favor de su obra, y nos elevó á un mismo amor en su corazon. Entre la humanidad vemos que los afectos del corazon hacen que considerémos igual nuestro al que escogimos como amigo; es tal la condicion humana, que aun para los que amamos tenemos distinto cariño; y los corazones mejor formados son aquellos que saben dar preferencias sin lastimar á ninguno; pero generalmente hablando, un amor apaga en el corazon humano todo otro amor, y en esto no hace mas que demostrar que sus facultades de amar son tan limitadas como todas las demas facultades humanas.

Es tan pobre la condicion del corazon humano, que si funda en sí mismo sus esperanzas, si no las remonta á otra esfera para confiar en que ellas se realicen, jamas lo logrará, porque los mortales no harán sino corresponder su amor con un amor igual; pero un amor que en cambio de su pasajera felicidad le procura la tristeza de los celos, mayor mil veces que la igualdad del cariño. ¿Cómo podrá conseguirse el prodigio de que los hombres todos sean amados con un mismo amor, honrados con una misma dignidad, y para que

todos disfruten de una misma felicidad? ¿Dónde encontraremos un amor que prefiera á alguno sin escluir á los otros, y que sin causar celos á todos ame? ¿un amor milagroso que ni inspire orgullo al preferido, ni dé celos al que no ha merecido el primer lugar en su corazon, pues éste se sentirá dichoso con merecer la parte de amor que le den, sin creerse humillado por no ser el escogido, sin envidiar al que mereció la preferencia?

En Jesucristo, señores, en su corazon será donde encontraremos esa igualdad sublime, pues él nos da á todos un amor mas grande mil veces que cuanto nos viene del hombre. Hemos dicho ya que en el amor de Jesucristo es donde se realiza la plenitud de la vida cristiana. Los cristianos todos tenemos en Jesucristo, no solo un doctor y maestro, sino un amigo divino; porque la grandeza y sublimidad de la vida cristiana la debemos á esta divina amistad que nos hace á todos iguales. Todos recibimos de Jesucristo, que nos ama á todos y á quien todos amamos, la grandeza que emana de él. Cada uno en particular ha recibido el amor que á todos en general se dió en el pesebre de Belen. Todos podemos decir adorando el santo pesebre: ¡Oh amor divino, yo te guardo en mi corazon al cual tú te diste! El amor que se inmoló en el Calvario, se inmoló por todos y cada uno de nosotros; y podemos decir todos adorando la Santa Cruz: ¡Oh amor divino, yo te guardo en mi corazon por el cual te sacrificaste! Sí, el amor que se da y se inmola todos los dias en el misterio de la Eucaristía, quiere unirse á cada uno y á todos los cristianos; y podemos decir arrodillados ante el altar: ¡Oh amor

divino; yo te guardo en mi corazón con el cual quieres unirme! Y cuando se realiza esta unión, y cuando en cada uno de nosotros se efectúa por medio del ministerio de la comunión entre la multitud que asiste al banquete divino, entonces, en presencia de la igualdad viva en el corazón de los hijos de Dios y de los hermanos de Jesucristo, esclamamos todos en coro: ¡No hay más que un solo corazón y un alma para todos! *¡Cor unum et anima una!*

Esta es, señores, la igualdad humana constituida por Jesucristo! esta igualdad tiene un origen común y nos honra á todos dándonos una descendencia misma; tiene un mismo fin, pues reserva la posesión de Dios en un mismo grado á cuantos se han hecho dignos de ella por sus virtudes; y un castigo igual para los que se han hecho de un mismo modo criminales; tiene un mismo Mediador, que uniéndonos á sí mismo por el triple lazo de su doctrina, de su ley y de su amor, nos hace á todos divinamente iguales en la verdad, en la autoridad y en la caridad de Jesucristo.

Señores, yo os pregunto en vista de esto, ¿podrá una sociedad cristiana carecer de la igualdad del derecho ó de la igualdad ante la ley, en su legislación y en sus instituciones, cuando ha nacido y se ha desarrollado inspirada por esas divinas ideas? ¿Puede rechazar su legislación y sus instituciones una igualdad que brota de la vida cristiana como el fruto del cristianismo más puro? Sus hechos gloriosos han demostrado todo el poder de su doctrina. Nacida como de su raíz del dogma cristiano, la igualdad del derecho se ha infiltrado en las instituciones creadas por el cristianismo y ha brotado en la claridad de su historia.

Si alguna vez la han sofocado aparentemente las costumbres locales de un pueblo, no por esto ha dejado de existir en el fondo de la sociedad de una manera visible. Existían, sí, algunos privilegios, cuyo origen nos explica la historia y que desfigura completamente el genio revolucionario; esos privilegios fueron hijos de las costumbres, y estaban sancionados por las leyes. Hubo, como en todo lo humano, abusos; pero los abusos son hijos de los hombres. Pero si existía la opresión, si se cometían injusticias y había tiranía, ni las costumbres, ni las ideas, autorizaban tales abusos. De en medio de la perversidad é injusticia humana, brotaba floreciente la igualdad cristiana, viva en Jesucristo, crecía y florecía en él, como crecerá y florecerá más y más todos los días en medio de las desigualdades sociales, creadas por Jesucristo; porque así como hay una igualdad verdadera constituida por él y consagrada en él, así también hay una falsa igualdad reprobada por Jesucristo y por el buen sentido del linaje humano.

## II.

Dejándose seducir algunos innovadores por las quiméricas esperanzas de fundar una igualdad imposible, confunden la igualdad en el derecho con la igualdad de las clases; quisieran someter las fortunas á una igualdad ante la ley; equivocan la igualdad de la naturaleza con la igualdad social, y con ésta quieren

confundir la igualdad de la naturaleza. El cristianismo, y con él la razón, rechazan esa lógica subversiva que nos lleva ciegamente de lo verdadero á lo absurdo, de lo positivo á lo imaginario, de lo legítimo á lo ilegítimo, de lo posible á lo imposible. Por esto los reformadores han declarado guerra á muerte al catolicismo, queriendo nivelar todas las condiciones de la sociedad con esa igualdad que yo llamo revolucionaria. Conocen que la religión cristiana, eminentemente gerárquica, siente una antipatía sobrenatural á esos ensueños de igualdad, y no se engañan, porque efectivamente el cristianismo no admite la igualdad sistemática de las clases sociales; y conforme con la naturaleza, la razón, el buen sentido y la historia, repueba una igualdad que solo puede llevarnos á la decadencia; y que por lo contrario, santifica la gerarquía social que nos lleva al progreso.

Considerados los hombres aisladamente, y ateniéndose solo á su dignidad personal, podrán decir: soy hombre, y por lo tanto igual á otro cualquiera. Pero desde el momento en que salen de su aislamiento y forman juntos lo que llamamos sociedad, debe existir entre ellos necesariamente la desigualdad. Con solo tres que reunais, con el primero formaréis la clase alta, la clase media con el segundo, y la clase mas inferior con el tercero. Jamas se ha visto una sociedad sin distincion de clases, ni un órden gerárquico sin desigualdad. Esta podrá ser mas ó menos justa, mas ó menos visible; pero ó ella existe, ó no existe la sociedad, de la cual forma no solamente la naturaleza sino su esencia misma.

La desigualdad no es mas que el resultado de la aso-

ciacion de muchos seres. Los hombres son iguales por la naturaleza humana, honra y gloria de todos ellos; mas no lo son por lo que valen personalmente: no es cierto, pues, que lleva cada uno igual poder á la sociedad; luego no pueden reclamar una condicion igual para todos. Dicen los reformadores que un hombre vale tanto como otro, comparándolos con las flores de un jardin ó con los árboles de una montaña, sin considerar que ni todas las flores tienen un mismo perfume, ni todos los árboles una misma grandeza y robustez. Iguales son todos los hombres en su naturaleza y dignidad humanas, mas no lo son en inteligencia, en talento, en energía, en valor y en ideas; humanamente son iguales, pero distintos en sentimientos y en cualidades. Nacen dos árboles uno junto á otro y en nada se asemejan; y ni aun entre las hojas que brotan de sus ramas se encuentran dos iguales no teniendo número. Y en la superficie de la tierra en que Dios plantó con sus propias manos el grande árbol de la humanidad, no encontraremos una igualdad perfecta, ni en las razas, ni en las naciones, ni en las familias, ni en los individuos. A medida que la inteligencia humana penetra los misterios que la creacion oculta en su seno, percibe bajo la ligera capa de igualdad aparente y superficial que la cubre, la desigualdad real y positiva que está en el fondo de ella. Buscad dos hombres que caminen de una misma manera, cuya voz tenga el mismo eco, la misma mirada sus ojos, unos mismos rasgos su fisonomía y su cuerpo una misma postura, y no los encontraréis. Y si vemos en la tierra tantos testimonios palpables de la desigualdad que ha sembrado Dios entre los hom-

bres en la unidad específica de nuestro cuerpo, ¡cuántos no encontraríamos si nos fuese dable sondear las profundidades de la inteligencia, de los corazones y de las voluntades? Tantas serían las diferencias que encontraríamos, señores, que ni las flores de la tierra, ni las estrellas del cielo nos presentarían tan sorprendente variedad; ese misterio de la naturaleza lo formó Dios en su infinita sabiduría para manifestar á los hombres cuán quimérica es su pretension de establecer la igualdad humana.

Y si en el fondo de nuestra naturaleza está la desigualdad, ¿cómo queremos que no sea desigual todo lo que tiene relacion con el hombre? ¿Podrá ser la ley de la sociedad diferente de la ley de la naturaleza? Todo es desigual, y sin embargo, los reformadores quieren nivelar tantas desigualdades á una misma medida! Y ¿quién se atreverá en nombre de la justicia y del derecho, á acriminar al hombre de ingenio, al valeroso, al económico, al laborioso y al sobrio, si con esas cualidades llega á adquirir riquezas, consideraciones y títulos de nobleza? ¿Querrán que su suerte sea igual á la del ignorante, del perezoso, del cobarde y del pródigo? ¿No obtendrán las buenas cualidades del hombre una recompensa en la sociedad? ¿Por qué no se perpetuará en una familia la honra de que se hicieron dignos sus antepasados? ¿Deberá la ley despojar á una familia de la gloria que heredó de sus padres, cuyos méritos personales les colocaron mas alto que al resto de los hombres? ¡Oh, señores! para hacernos progresar, quieren destruir la grandeza en su cuna; pretenden imponernos á nombre de la naturaleza una igualdad que la natu-

raleza misma reprueba, y la reprueba con ella la sociedad, considerándola enemiga del progreso humano, y sobre todo, del progreso social. Pocas palabras nos bastarán para manifestaros lo que deberíamos á esa soñada igualdad si llegara á establecerse. Por mucho que les pese á algunos oír la verdad, forzoso nos es decirla. El error propala con tanta insolencia sus paradojas, hablando de la igualdad social, que nos autoriza á nosotros, ministros del Evangelio, á rebatir en voz alta esas paradojas con los derechos de la verdad. Dios está con nosotros, y con su auxilio divino explicaremos la verdad que nos viene de él.

Si algo puede en el mundo presentarnos á una sociedad desorganizada, es la igualdad sistemática, que quieren imponer á las diferentes condiciones sociales. ¿Qué resultados obtendrían sus esfuerzos si plantearan una sociedad que repugnara á la naturaleza? Harían una sociedad monstruosa. La hermosura es hija de la armonía; no puede haber armonía sin orden; no puede haber orden social sin gerarquía social, y no puede haber gerarquía si no hay desigualdad de clases. Despojad á una sociedad de la diferencia de condiciones, de los títulos de nobleza y de la desigualdad de clases que nos presenta, y os quedará una uniformidad triste y sombría; uniformidad despojada de toda belleza. La humanidad, sometida á esta ley, que destruiría, quitada la variedad, el elemento de toda hermosura criada, no tendría ni el encanto de una campiña en que solo nacieran algunas flores. Despues de creado el mundo, contempló Dios el espectáculo que ofrecía á su eterna mirada la inmensa variedad de objetos hermosos que había crea-